

Capítulo 1

·Cosas Que No Han De Volver·

Julia, aunque hubo de morir en algún lugar de Cuba, nació allá por el año de 1744 en lo que aquellos días era el centro del mundo: Cádiz.

Cádiz, luminosa y cosmopolita, era entonces meca de todos los navíos y almacén y fuente de las mayores riquezas y de los más exóticos manjares. Comerciantes, grandes señoras, esclavos negros ataviados de blanco... Allí fue ella a nacer, entre algodones, en una casa barroca de cuatro patas cercana a la catedral en construcción, un día en el que soplaban con fuerza el viento del este, endiablado culpable de los enfados y dolores de cabeza de las comadres.

Julia recordó siempre con añoranza el silbido del levante enroscado en las columnas espirales del balcón de su dormitorio, enredado en las hojas de acanto de los capiteles, abrazado a las líneas sinuosas de los balaustres. A veces el levante se enojaba y lograba colarse en las calles estrechas remontando la construcción compacta de los edificios, levantados todos hasta la misma altura para frenar sus continuas incursiones. Entonces se arremolinaba en el estrecho cubil de las torres vigías, enredaba las prendas en los tendederos de los patios, golpeaba los ventanales y las vidrieras, los portones, los postigos, los cierros y el enojo le duraba a veces semanas. Hasta que un día, sin previo aviso, el levante decidía partir. Simplemente se marchaba calle abajo en busca de los mares y los océanos, se subía a las vergas de las grandes naves y partía, acurrucado en el tacto tosco de las velas, mientras entonaba las canciones de los piratas y de los rudos marineros.

Recordaba Julia también de su infancia con igual cariño el tacto suave de las manos de Brigitte, una de las esclavas hembras de la casa. Padre la compró en el puerto a un comerciante parisiense que andaba apurado (de ahí su nombre de origen francés) cuando madre estaba a punto de dar a luz su primer hijo, pues necesitaría de una mujer joven que la ayudase a cuidar de las futuras criaturas. Brigitte conservó siempre su constitución frágil, sus costumbres silenciosas y el gesto y la mirada tristes. Ella era la encargada de bañar a los niños, de vestirlos, de peinarlos, de protegerlos de sus descuidos infantiles. Supongo que debe ser por todo eso por lo cual Julia les dijo a sus hijos que los ángeles de la guarda tenían la piel de color negro, suave, cálida y perfumada.

Por el contrario, de quien quizás Julia guardó peores recuerdos fuera de su propia madre. Acostumbrada a la humildad y a la proximidad de los sentimientos de Brigitte, la actitud de madre parecía tender a la lejanía, como si se supiese superior al resto del mundo. Aunque quizá tuviese motivos, ya que era hermosa, muy hermosa. Su hija siempre envidió de ella la pureza de sus ojos amplios y azules como el mar, pues cuando los miraba podía imaginar las palabras de amor con las que padre la consiguió para sí.

Padre, sin embargo, representaba todo lo opuesto: cálido, noble, sosegado. Antes de desempeñar el oficio de comerciante había luchado en la armada, pues el abuelo había hallado en la guerra naval la mejor opción para curtirlo sin esforzarse en demasía. Gonzalo tenía cierta debilidad por el buen tabaco. No solía fumar mucho, solo después de las comidas y antes de irse a dormir; pero adquiría el tabaco más caro, y eso se notaba tan sólo en el aroma que se le quedaba prendido en las manos cuando acababa.

De padre adquirió Julia el gusto por la lectura y el ansioso afán de aprender de ella, a pesar de que las mujeres intelectuales no han estado bien vistas por mucho tiempo. No en vano, en aquel entonces, una señorita debía estar educada en otros dones más apegados al hogar. Carolina, su hermana mayor, gustaba de recordárselo al menos dos veces al día, alegando que sus malas costumbres masculinas de leer a los filósofos y de saber de política alejarían de ella a cualquier posible pretendiente. Cuando Hipólito Luna, un joven teniente de intendencia apuesto y un tanto baladrón, se le declarara a Carolina, tales recriminaciones fueron aumentando paulatinamente, aún más desde el día en que se hizo oficial el noviazgo de la pequeña. Porque incluso Isabel se comprometió antes que Julia, poco después de cumplir los diecinueve de edad.

Isabel era más transigente con los defectos de mujer libre pensante de su hermana, quizás por ser dos años menor. Era dulce y buena, y tuvo la suerte de recoger lo que sembrara: una de esas vidas que a cualquiera le hubiese gustado protagonizar, en la cual casi todo el que la trató la amó y los pocos que la odiaron lo hicieron sin más pena ni gloria. Ella supo elegir de entre todos los hombres que la rondaban a un burgués nacido en el Virreinato de la Plata que, además de acomodado, era apuesto, cortés y bondadoso y que, para colmo, estaba tan perdidamente enamorado de ella como ella lo estaba de él.

Julia cumplió los veintitrés y aún no había conquistado para sí a ningún hombre, ni joven ni viejo, ni bueno ni malo, ni que le gustase ni que no. Para decir verdad, no había heredado, como Carolina e Isabel, la belleza felina de su madre...

- ¿Soy fea? -solía preguntarle a Brigitte mientras la ayudaba a ataviarse.

- No, señorita -contestaba una y otra vez-. Tenéis la cintura y las piernas más bonitas que jamás he visto.

- Pero no habrá hombre que pueda ver mis piernas con tanto vestido.

- Que no seáis tan bonita como vuestras hermanas, no quiere decir que seáis fea...

Así la consolaba Brigitte cada vez que le formulaba la misma pregunta. Debió ser por ello por lo que aquellas palabras de aliento acabaron sonándole a mentira piadosa, lo cual le hacía sentir matrimonialmente aún más desahuciada.

Julia siempre se llevó mejor con sus hermanos que con sus hermanas. Al menos con ellos podía conversar sin temer que la mirasen de soslayo, sobre todo con Pedro, el primogénito. Con Jerónimo, en cambio, perdía cada vez más el contacto, ya que, aun sabiendo que en su propia casa no era vista con buenos ojos la ideología de los miembros de la Compañía de Jesús, su hermano decidió ordenarse jesuita poco tiempo después del motín de Esquilache y desde entonces se había alejado de ellos lenta pero paulatinamente.

No quisiera dar la impresión de que pretendo relatar la historia de toda su existencia, cuando en realidad a Julia sólo le gustaba tener en cuenta de ella aquellos momentos que le hicieron sentir en el alma la tibieza de la vida.

A menudo Julia comentaba que ella había nacido el mismo día en el que marchó de Cádiz, pues por todos es sabido que nacer debe ser un hecho doloroso. Aquella mañana, cuanto más se alejaba el navío de las aguas mansas del embarcadero, más altos retumbaban en sus oídos los pregones de los comerciantes en el puerto, anunciando artículos con nombres que sonaban a palabras mágicas: la canela, la pimienta, el té, el azafrán, la seda del Oriente, el cacao del Virreinato de la Plata, el café del de Brasil, el azúcar de caña y el tabaco de la Isla de Cuba, las joyas de plata de Nueva España y las de oro del Perú, los paños de algodón, el coco, la vainilla, los loritos de colores como los de los piratas, los cardenales, las cotorras, los sinsontes, los muebles de caoba y de ébano, de granadillo y de sabelina, los peines de carey y

las cajas, los joyeros y los espejos, las turquesas, los topacios, los brillantes.

Ya en alta mar, el levante infló las velas rumbo al mundo de los pájaros de colores, de los frutos paradisíacos y de los hombres salvajes con la piel de color rojo, a la patria de los bucaneros y los corsarios tuertos y con pistolas al cinto con nombres como los de Tiburón o Malasangre. Sintió miedo, dolor y una emoción intensa que jamás antes había sentido. Lloró, pero no supo si de pena o de alegría, tan grande era el cúmulo de sentimientos que le hinchaba el pecho. Se quedó inmóvil en la popa aún mucho después de haberse perdido Cádiz detrás del horizonte, con la única esperanza de divisarla una última vez desde la cresta de alguna ola.

Aquella noche Julia soñó con los dueños del mar de las Antillas, con sus saqueos, con repartos de riquezas a la luz de las velas, con su justicia sedienta de sangre. Soñó con la isla de Jamaica y la de la Tortuga, plagadas de tabernas en las que los hombres consumían en una sola noche el botín de todo un galeón cargado de piedras y de oro en ron y en mulatas que soñaban con hacerse ricos, animados por la incertidumbre de no saber a ciencia cierta qué sería de ellos en el próximo abordaje.